

## El caso Marion Jones o el llanto de una reina

Con un somatotipo ideal esta atleta sobresalió en Sydney 2000. Se había propuesto obtener cinco medallas doradas en el hectómetro, los 200, relevos 4 por 100, 4 por 400 y salto largo. Tamaña proeza nunca la había logrado una mujer. Pero Marion llegó con el mundo a sus pies, preparada para la cima. Solo Jesse Owens, Carl Lewis y Fanny Blankers-Koen habían alcanzado cuatro. Otra cosa fue Paavo Nurmi en las carreras de resistencia, pues en París 1924 ganó cinco títulos, único hasta la fecha en el deporte rey.

El historial de esta mujer puede ser recogido, en síntesis, así:

“**Jones, Marion** (1976). Considerada como la reina de los Juegos de la Olimpiada de Sydney 2000. Ganadora de cinco medallas durante esta lid; de ellas 3 de oro en: 200 (21,84 m) y en 100 (10,75 m), y el relevo 4 x 400 metros planos, así como dos de bronce, en el relevo 4 x 100 metros planos y en el salto de longitud...”

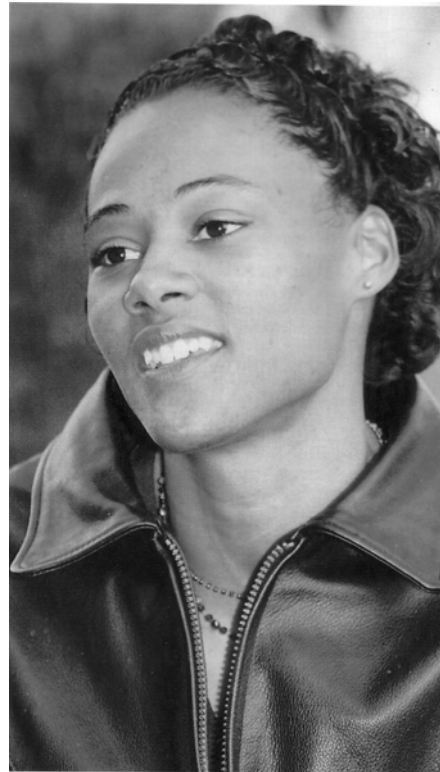


Había sido una estupenda basketbolista que anotaba más de veinte puntos por juego. Fue nominada en una ocasión como Jugadora del Año en competencias preuniversitarias en California. Ver competir a Carl Lewis, en Los Ángeles 1984, provocó un corrientazo en su despierto corazón. Cuatro años después, siguió paso a paso a Florence Griffith-Joyner, su ídolo para siempre; entonces supo que, aunque fuera una buena baloncestista, su futuro estaba en las pistas. 1998 fue un año grande para Marion Jones, que dominó de manera absoluta las dos pruebas de la velocidad y el salto largo. Sólo perdió una vez en 36 eventos internacionales.

Era la favorita en el Mundial de Sevilla 1999. Ganó los 100 metros con 10,7, un nuevo récord en ese tipo de torneo, y fue tercera en el salto de longitud; se lesionó en las semifinales de los 200. No impuso una marca mundial, mas dejó su impronta. Desde Sevilla todos la miraron como la gran campeona de Sydney. Y llegó la hora de la verdad. Ganó el hectómetro con tiempo de 10,75. Días después se impuso en los 200 con 21,84, bien delante de las demás. Buscó el milagro de las cinco medallas de oro, pero se rompió el

hechizo. En el salto de longitud conquistó bronce; todavía podía ganar cuatro. Sin embargo, el equipo norteamericano de 4 por 100 terminó tercero. En el relevo 4 por 400 conquistó su tercer título. La realidad se impuso a un sueño alcanzable. Concluyó Sydney 2000 con tres medallas de oro y dos de bronce, sin romper los récords de Florence Griffith-Joyner. Pero esta joven, de origen beliceño, brilló con luz propia.

Acarició la cima del mundo. Tanto se elevó que los mortales la veían imperecedera, pero se hizo daño, mucho daño, al concebirse por encima de los demás y creerse inalcanzable por un padrinazgo divino. Jugó con la gloria por la fuerza de sus piernas y un carisma envidiable, adornado por su belleza singular. Parecía el prototipo de una diosa del Olimpo con legiones de admiradores a sus pies. Mas, poseída por la fortuna, se entregó al juego sucio y atentó contra su propia salud física y mental. Con la fuerza de su clase, se ubicó fuera de la ley. Y fue precisamente ahí donde pecó, porque hasta a la divina Florence Griffith-Joyner, mujer y negra como ella, se le ha querido destronar.

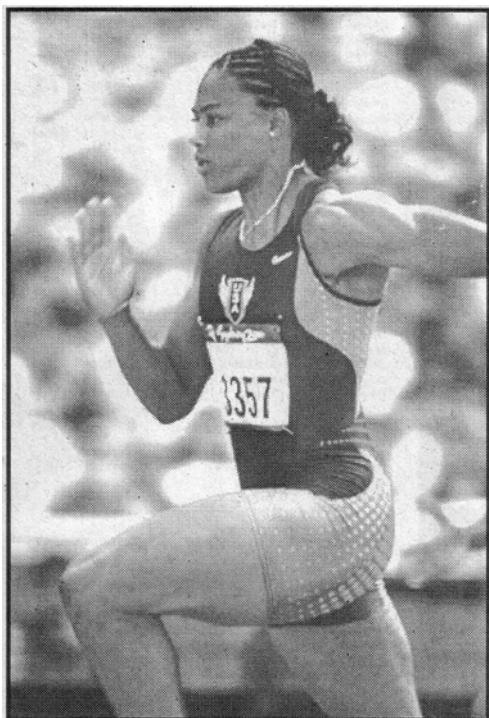


La caja de Pandora se destapó poco a poco. Que si los laboratorios Balco, que si el entrenador, que si drogas imperceptibles por los laboratorios, todo género de conjeturas sonaron en el mundo entero. Su nombre estuvo ligado al de su esposo Tim Montgomery, rey de la velocidad, del jonronero Barry Bonds y otros tantos, la inmensa mayoría con el color oscuro en la piel, como presuntos culpables. Fue interrogada por las autoridades y se declaró inocente, para caer en el peor de los pecados en personas como ella. Legiones de defensores corrieron en su apoyo declarándola, sin más ni más, libre de culpa. La gente suele creer en las divinidades olímpicas, tanto como algunos seguidores de la política creen en sus políticos.

Pero las aguas suelen tomar su nivel; continuaron las investigaciones. Entonces no pudo más y, en un alarde de honestidad, se declaró culpable. Así

lo recogió un despacho de la agencia AP, publicado en el periódico *Juventud Rebelde*, en La Habana, el 8 de octubre de 2007:

“WHITE PLAINS, Nueva York.- La velocista Marion Jones, la princesa de los Juegos Olímpicos del 2000, se declaró culpable de mentirle a las autoridades estadounidenses cuando testificó que nunca usó esteroides... En la corte admitió haber cometido dopaje y dijo que les mintió al respecto a los investigadores en el 2003. La velocista también se declaró culpable de mentir sobre su participación en un plan de falsificación de cheques. Ante la Corte del Distrito de esta localidad, Jones se puso a llorar y dijo estar consciente de que



decepcionó a sus amigos, familiares y aficionados al deporte. ‘He sido deshonesto y tienen todo el derecho de molestarse conmigo, he decepcionado a mi país y a mí misma’. Afirmó que su ex entrenador Trevor Graham le dijo que ella estaba usando aceite de semilla de lino, cuando en realidad se trataba de esteroides. ‘En noviembre del 2003 me di cuenta de que él me estaba dando drogas para mejorar el rendimiento’, declaró Jones ante un juez...”

En el mismo despacho de AP, apareció la posible implicación legal:

“La corredora fue dejada en libertad y tiene que comparecer ante la corte el 11 de enero para ser sentenciada. Jones ganó tres medallas de oro y dos de bronce en los Juegos Olímpicos de Sydney 2000. Siete años después, está en bancarrota, su reputación arruinada e, incluso, podría ir a la cárcel. Además, es casi seguro que perderá las cinco medallas que ganó...”

El mundo quedó anonadado y a la expectativa. Que se conozca, era la primera ocasión en que una atleta de tal renombre sería llevada ante un tribunal por perjurio. Muchos escépticos creyeron que la ley le tiraría la toalla, como ha hecho con otros, como el confeso y convicto jonronero Mark McGwire. Pero no fue así, el mismo 11 de enero se celebró el juicio que impactó a medio

mundo. En el periódico *Granma*, La Habana, 12 de enero de 2008, se publicó un artículo con el título “Seis meses de cárcel para Marion Jones”:

“WHITE PLAINS, Nueva York.- Marion Jones fue sentenciada este viernes a cumplir seis meses de cárcel por mentirle a las autoridades sobre su uso de esteroides y participar en una estafa con cheques. La ex campeona olímpica tendrá que entregarse a las autoridades el 11 de marzo para cumplir su sentencia. El juez indicó que le puso el máximo castigo posible para ‘enviar un mensaje a los atletas que abusan de las drogas y no respetan los valores de trabajo duro, dedicación, trabajo de equipo y espíritu deportivo’. Jones, de 31 años, también recibió dos años de libertad condicional, durante los que tendrá que realizar 800 horas de servicio comunitario...”

Y no serían las únicas sanciones, pues el Comité Olímpico Internacional le prohibió volver a competir y le retiró todas sus medallas, así como decidió borrar sus resultados de los libros. Quizás algunos vean excesos, pero es tiempo de poner coto al juego sucio que se deriva del uso de esteroides y otras drogas, para alcanzar altos resultados deportivos. Aunque nos dolió ver cómo se desploma un mito viviente, en quien confiamos y al que admiramos, debemos poner sobre todas las cosas la dignidad como bandera. Que se ganen tantas medallas como las capacidades logren, pero siempre en el juego limpio que no afecta ni a la psiquis, ni al organismo, ni a la sociedad. Con el tiempo el peor castigo para Marion Jones será el olvido y la tortura de vincular su figura a la trampa y la mentira.

A nuestro juicio las medidas fueron justas, necesarias, pero la justicia no actúa parejo. Mucho mayor perjurio cometió el presidente George W. Bush cuando acusó a Irak de tener armas de exterminio masivo para hacer su criminal guerra, quizás la mentira más grande y más costosa del siglo XX... y continuó dando órdenes al frente del vecino del norte. Pero Bush es hijo del otro Bush, el que invadió Panamá y también atacó Irak; es un prototipo de aquella sociedad, que no puede ser juzgado fácilmente aunque la rueda de la historia le pase por encima.

En el deporte hay otros “pecadores”, como el mencionado McGwire y recientemente el lanzador Roger Clemens, quienes han puesto a pensar a la cúpula del poder norteamericano, porque a fin de cuentas, Marion Jones es una atleta con dos factores en contra: mujer y negra, por tanto no es elegible

para el *All American Boy*, algo así como la fuente donde todos deben beber. A pesar de sus clarinadas, ella no pudo ni podrá acceder a tan “prestigioso” *status*, su sexo y la piel se lo impiden.

Quizás suba en la escala de valores faranduleros de aquella nación y sus bolsillos abulten más. Una gloria olímpica tirada por la borda tras la descabellada carrera del dinero que se ha encumbrado en el olimpismo. El tiempo borrará la huella de Marion Jones, pero no el recuerdo de su perfecta sonrisa y la imagen de un cuerpo escultural. Fue víctima y victimaria. Lástima de mujer hermosa que terminó su carrera llorando como una reina en celdas neoyorquinas.

por: ***Juan A. Martínez de Osaba y Goenaga.***